
El affidamento

Aunque hemos retomado el término *affidamento*, pues se trata de una expresión que ya circula en la teoría feminista internacional, sería ingenuo pensar que esa práctica nace ahora. A lo largo de la historia varias mujeres han buscado la mediación de otras figuras femeninas para afirmarse, defenderse e inspirarse. Gabriela Cano ha recordado nuestro ejemplo histórico por excelencia: la famosa respuesta de Sor Juana Inés de la Cruz a Sor Filotea (seudónimo del Obispo de Puebla). En ella, Sor Juana defiende frente al obispo su derecho —y el de las demás— a pensar, estudiar y opinar en público; construye una genealogía de referencia simbólica de las mujeres que la antecedieron, reconociendo: “En fin, a toda la gran turba de las que merecieron nombres, ya de griegas, ya de musas, ya de pitonisas; pues todas no fueron más que mujeres doctas, tenidas y celebradas, y también veneradas de la antigüedad por tales”.¹

Tal vez una notable diferencia entre nuestras antecesoras y el grupo de feministas italianas que introdujo este término en el discurso político actual sea el reconocimiento de la disparidad entre mujeres. Esta ceguera ha sido especialmente notable entre las feministas, cuya política de la identidad favorece un sentimiento de que “todas somos iguales”. Las italianas reconocen que “una mujer puede sentir tan vivamente el disvalor social de su sexo como para no soportar ni querer infligir a otra la situación de ser menos que una de sus iguales”.² Pero esta situación frecuentemente genera que la mujer que “no ha perdido el objetivo de contar para algo en el mundo, encuentra más natural volverse hacia in-

¹Volumen IV, *Comedias, sainetes y prosas*, de sus *Obras Completas*, FCE, México, 1957, pp. 460-462.

²Todas las citas provienen del libro *No creas tener derechos*, Librería de Mujeres de Milán, Editorial horas y HORAS, Madrid, 1991.

dividuos del sexo masculino para avanzar. Es una elección obvia mientras el orden simbólico no haya cambiado y no se signifique la diferencia de ser mujer como principio de valor y como legitimación de las aspiraciones femeninas, con capacidad de ofrecerles una medida en sus confrontaciones con el mundo”.

La falta de referencia de figuras simbólicas, la dificultad para reconocer a mujeres “no ocurre tanto por un exceso de rivalidad o de envidia o de desconfianza, ni por móviles presuntamente más profundos de naturaleza inconsciente. Con anterioridad a estas razones, interviene un orden simbólico que admite las relaciones de socorro mutuo entre mujeres (que de hecho son las más habitualmente practicadas: toda mujer en situación de necesidad busca a otra mujer con la más espontánea confianza) y en cambio no prevé relaciones valorizantes entre ellas. Si no se revoluciona este orden, la conciencia que ha llevado a muchas de nosotras al feminismo no es útil para una mujer joven dotada de ambiciones. Es un saber válido en sí, pero póstumo. Lleva la marca de aspiraciones heridas, de expectativas frustradas, de impulsos perdidos en el vacío, de descubrimientos duramente pagados. Quien se enfrenta con el mundo rechaza un saber tan amargo, porque es una amenaza para su bien, que es querer y esperar lo mejor para sí misma. Si no hay diálogo entre esta aspiración intacta y esa conciencia, entre una generación y otra de mujeres sólo existe una sucesión de ingenua esperanza y amargo conocimiento, sin intercambio y sin cambio. La ausencia de intercambio entre estos dos momentos de la humanidad femenina, entre la mujer que quiere y la mujer que sabe, no es —lo repetimos— algo cuya causa deba buscarse en la psicología femenina. La causa está en el orden simbólico que sostiene el sistema de las relaciones sociales. La alianza de la mujer mayor con la joven asusta a los hombres y muchas de nosotras seguramente recordaremos haber sido cortejadas en nuestra juventud por hombres cuyo único objetivo era separarnos de la compañía de mujeres más ‘viejas’ —en sentido literal o figurado—, de mujeres más avisadas. La relación de *affidamento* es esta alianza, donde ser vieja se entiende como el conocimiento que se adquiere con la experiencia de la exclusión y ser joven, como la posesión de aspiraciones intactas, donde una y otra entran en comunicación para potenciarse en su enfrentamiento con el mundo”.

La diferencia de edad es una circunstancia favorable para el *affidamento*, pues hace más fácilmente aceptable la disparidad. Nuestra cul-

tura acepta como una disparidad fecunda la que existe entre una persona adulta y una criatura. Pero ya después es otra cosa. Hay gran "dificultad de atribuir autoridad, de reconocer una superioridad, sin asociarlas al dominio, a la sanción del poder, a la forma de la jerarquía".

De ahí "la propuesta de sacar a la luz del sol los sentimientos suscitados por una mujer admirada. Si no escondes la admiración por el gran hombre, aprende a expresar también la admiración por la gran mujer; si aceptas las jerarquías establecidas por los hombres, respétalas también cuando se encuentre en posición superior una mujer; etcétera".

La falta de relaciones valorizantes entre mujeres aparece como consecuencia de "un desdichado mirarse al espejo: ... mis semejantes son mi espejo y lo que no consigo ver en ninguna de ellas me está negado. Pero, ¿por qué? ¿Por qué la mujer quiere encontrar en su semejante la seguridad de no ser menos y no busca en cambio la posibilidad de ser más? ¿De dónde procede esta inseguridad generadora de inseguridad?"

Es evidente que entre las mujeres muchas disparidades existentes vienen determinadas por una distribución desigual de los bienes y las oportunidades sociales. Pero este hecho se suele mencionar "para enmascarar los efectos de una envidia paralizante". Esto conduce a las más inquietas por su propio destino personal a buscar una medida del propio valor en la sociedad masculina, mientras que deja a las demás en la demanda de la reparación. "Ya hemos visto que la petición de reparación también puede convertirse en una especie de política femenina; en esta versión, las mujeres, que se suponen todas igualmente víctimas de la sociedad masculina, se dirigen a ésta en busca de reparación. La respuesta suele ser positiva; la sociedad no tiene mayor dificultad para reconocer que las mujeres son víctimas de un daño, si bien se reserva luego el derecho de decidir según sus propios criterios el modo de reparación, con lo cual el juego puede prolongarse hasta el infinito. Por nuestras relaciones, sabemos muy bien que la petición es tan indeterminada, el sentimiento de daño tan profundo, que no puede haber satisfacción posible, a no ser que consista precisamente en tener derecho a la permanente re-
crimination".

Además, ante este sentimiento de víctimas, las mujeres desarrollan "vínculos de una complicidad aglutinadora que las defiende del odio masculino y también evita que se odien entre sí. La defensa funciona a condición de que ninguna intente distinguirse de las demás"

Por ello este grupo de Milán hace una propuesta que, además de un gran debate, ha generado gran irritación: "Para la liberación del sexo femenino vale más una sola mujer agradecida hacia su igual que le ha dado algo, que no un grupo o todo un movimiento feminista entero del que estuviera ausente la respuesta del reconocimiento. Cuando reconoce el bien recibido, de la vida y del sexo, de amor, de amistad, de solidaridad, de conocimiento, de aliento, una mujer conoce el camino para ponerse en contacto con la fuente femenina de su valor. Al obligarse hacia las mujeres que le han dado algo, pone fin a una relación furtiva".